

El Coronavirus en Westmalle

Comenzó en marzo. Al principio parecía estar pasando lejos de nosotros y no queríamos saber más. Pero a veces las cosas cambian con mucha rapidez...

Desde el domingo 15 de marzo ya no pudimos escapar. En el refectorio tomamos distancia unos de otros. Incluso modificamos la distribución de los asientos de la iglesia. ¡Menos mal que el mobiliario de nuestra iglesia es convertible! La concelebración se suspendió temporalmente.

Desde finales de marzo, rezamos la oración del Papa Francisco por el fin de la pandemia todas las tardes en vísperas.

Desde finales de mayo celebramos cada semana la misa propia para los Tiempos de pandemia. No pudimos tomar medidas a medias: desde el 15 de marzo cerramos la hospedería y los oficios en la iglesia ya no estuvieron abiertos al público. Tras la caída en picado de las cifras de ventas, la cervecería solo pudo producir el 60% de su producción habitual. La venta y producción de queso cayó un 50%. Por todas partes de la abadía se instalaron frascos de hidrogel para que los hermanos pudieran desinfectarse las manos siempre que fuera necesario. Después de laudes, el hermano enfermero nos tomaba la temperatura. Tuvimos que aprender a toser y estornudar en el codo. Nuestro cillerero compró toneladas de pañuelos de papel (pues al hacer las compras conoció las medidas que se iban tomando contra el coronavirus en la sociedad).

Gracias a todos estos esfuerzos, -que agradecemos a los hermanos que organizaron estas medidas circunstanciales-, nuestra comunidad se ha salvado del virus, al menos hasta ahora.

Pero lo más importante fue EL VACÍO. Celebrar la Eucaristía dominical en ausencia de más o menos 85 personas de la región, realmente nos dio la impresión de que no estábamos al completo. De repente tuvimos más tiempo libre, más tiempo de silencio. Fue un desafío llenarlo correctamente. Para algunos se convirtió en un verdadero enfrentamiento consigo mismos, otros se pusieron muy ansiosos. (¿Y si me pasa esto a mí?)

Una mención especial sobre el curso VONK: formación para novicios y jóvenes profesos OSB y OCSO de Flandes y Holanda. Se realizó un curso transmitido por internet. Fue un éxito, tanto para los profesores como para los hermanos jóvenes y las hermanas. Los jóvenes dijeron también que apreciaban la situación de aislamiento en sus monasterios.

Luego llegó la Semana Santa y la Pascua. ¡Tanta gente hubiera deseado celebrar el triduo con nosotros! En comunión con todos los que estaban condenados a seguir los oficios por computadora o por televisión, nosotros tuvimos el privilegio de poder celebrar “en vivo”. Durante el confinamiento celebramos la Eucaristía todos los días y tuvimos la oportunidad de Comulgar cada día, aunque solo fuera bajo la especie de pan.

Todos hemos seguido las noticias con más atención que de costumbre. ¿Terminaría después de Pascua? ¿A principios de mayo? ¿Podríamos reabrir la iglesia y la hospedería después de Pentecostés? ¡Nada de eso! Solo pudimos reabrir a mediados de junio... Y muy gradualmente. Diez personas en la hospedería, 20 en la iglesia,...

Nos preguntamos: ¿Cómo será el futuro? ¿Habrá una segunda ola de contagios? ¿Cuándo? ¿Habrá más enfermedades nuevas? ¿Tendremos que mantener las distancias durante toda nuestra vida? ¿Seguiremos dando la PAX algún día en la Eucaristía? ¿Nos daremos todavía la mano?

Si buscáis las respuestas a estas preguntas en cinco periódicos, obtendréis cinco respuestas diferentes.

Pero lo más importante: ¿cómo evolucionará la iglesia local? ¿Son el coronavirus y las medidas para combatirlo el golpe mortal? ¿La gente ha perdido por completo el camino hacia la iglesia después de tres meses de encierro? O por el contrario, ¿volverán en mayor número?

¿Dónde estaba la iglesia durante esta crisis? ¿Por qué la oración y la fe se minusvaloraron tanto? Se podía ir al supermercado, a la peluquería, pero no estaba permitido reunirse para orar.

Lo único que podemos hacer es cumplir y hacer cumplir las normas. Todo lo demás está en manos de Dios. ¡No faltan las intenciones por las que orar!